

*Letras
Orureñas*

Noel Mariaca Carvajal

NOEL MARIACA

LOS SACRIFICADOS

Mariaca Carvajal, Noel (1908-?). Escritor, poeta y periodista.

Fundador y primer Presidente de la Rama Teosófica "Janarajadasa" de Oruro, y del Centro de Oficiales de Reserva.

Municipio de Oruro, y Delegado de los Trabajadores de Bolivia a los Congresos Mundiales, realizados en México (1946), y Ginebra (1947). Redactor del diario "LA PATRIA" y colaborador de otros medios de comunicación. Entre los títulos más destacados de su variada bibliografía figuran: "Ortigas", poemas (1931); "Hijo de Destino", drama (1937) y "Los Sacrificados", (1940), novela sobre la campaña del Chaco y la consiguiente "prisión de guerra", en el Paraguay. Sin embargo, entre su obra no publicada figuran entre otros muchos, estos títulos: "Ráfagas Andinas", cuentos; "Alma de la Raza", drama; "Nido de Cóndores"; "Una vida"; "Arrepentimiento"; etc.

Un pasaje de la novela: **LOS SACRIFICADOS**

Soplaba viento precursor de tormenta y las primeras gotas de la lluvia caían grandes y tibias como lagrimones, cuando la sección de morteros justamente acababa de instalarse en sus nuevas posiciones, a doscientos metros hacia el ala derecha de su antigua situación.

Las nubes negras iban borrando la azulocidad que aún existía en el firmamento, como manchones, hasta darle al ambiente un aspecto tétrico. Los truenos se escuchaban como lejano cañoneo; poco a poco iba acercándose la tormenta hasta que a las primeras horas de la noche, cayó una terrible lluvia, cambiando más tarde en fuerte tempestad.

La noche era espantosamente negra, como la conciencia de los patrocinadores de la guerra, tan negra que era imposible verse la palma de las manos a cortísima distancia.

El viento sur soplaba fuertemente haciendo crujir los gruesos árboles del bosque y azotando sus copas, toda la selva se estremecía en un rumor extraño, como una ronca protesta o como un salvaje quejido sin palabras.

Los relámpagos que en breves intervalos rasgaban su luz en el espacio, como cerillas que quieren encenderse en una caja de fósforos cuya lija está gastada, lastimaban terriblemente la vista.

La atmósfera estaba cargada de electricidad y en todas partes habían manchas de luz, como luciérnagas en celo.

El frío, fiel aliado de la tempestad, se dejaba sentir con intensidad, pero era imposible combatirlo por falta de medios.

La excitación nerviosa de las tropas de ambos frentes era cruel, y como consecuencia de este estado de ánimo, en la línea comenzó fuerte hostigamiento.

El ruido era continuado y uno solo, viento, rayos, truenos, lluvia, balas, todo, todo era una sola cosa, era la algarabía de la muerte.

Los hilos de los teléfonos vibraron indagando de los comandos el motivo del tiroteo y la situación del momento; de los observatorios de artillería pedían fuego a sus baterías, dando derivas ya conocidas.

-¡A las piezas! -fue la orden del comandante de la sección de morteros y los soldados tomaron su colocación de combate.

-¡Romeo con tambor 34, plato 50! -ordenó con firmeza.

-¡A la cañada, mi teniente, distancia doscientos metros! -repuso el sargento Eduardo del Solar.

-Exactamente! ¡Julietta con la misma deriva y distancia del último tiro de esta tarde, al sector de la primera compañía! -ordenó.

-¡Preparar por pieza veinte granadas de gran capacidad, con espoleta sensible y carga máxima! -continuó ordenando al oficial.

Pobremente alumbrados por la luz de una linterna de pila debilitada, los comandantes de pieza corregían las derivas; los apuntadores centraban las burbujas de nivel; los proveedores abrían presurosos sus cajas de munición y los artificieros preparaban las granadas con toda celerridad.

-¡Apúrense, que el temporal arrecia! -dijo uno de los clases, inquietado por la tardanza.

-¡No se ve, la linterna casi no alumbrá! -repuso una voz con notorio mal humor.

-Todos estos inconvenientes son consecuencia de la incomprensión de los de retaguardia. En los almacenes existen equipos completos de lámparas y linternas, pero se niegan a darnos; ellos nunca han estado en la línea y no tienen ni idea de un caso de éstos -dijo el oficial con marcada cólera.

La lluvia aumentaba más, las posiciones y las zanjas de comunicación estaban totalmente inundadas; parecían grandes depósitos de agua, y como consecuencia, nadie tenía ni una hilacha seca.

-Parece que nos atacan, mi teniente -dijo el sargento Tórrez al escuchar la intensidad cada vez mayor del fuego.

-No creo -repuso el sargento del Solar. El enemigo es muy romántico, ataca solamente en

noche de luna- habló sarcásticamente haciendo reír a más de uno.

El tiroteo daba la impresión de un terrible ataque; las artillerías y los stockes funcionaban desafiantes, mientras los relámpagos que describían en el espacio luminosos signos arabescos, neutralizaban las llamadas que escapaban de las bocas de los cañones de todas las armas.

-¡Fuego! -ordenó el oficial.

La detonación de las armas de calibre se confundían con los truenos, sorprendiendo el estallido de sus granadas. La lluvia era cada vez más torrencial, parecía el grifo de una manguera potente que echaba sus aguas para apagar aquella hoguera de odio.

Todo el frente era un reguero de rayos y de balas hasta que, después de dos horas de angustias y de indecisiones, el temporal entró en calma; menos rayos, menos lluvia; sólo las armas de fuego disparaban sus comprimidos de muerte, incesantemente.

El *surazo* continuaba sacudiendo las copas de los árboles para despojarlas de las últimas gotas de agua que quedaron entre sus hojas. Los soldados completamente mojados y cansados, buscaban al tacto un lugar donde tender su cuerpo rendido y como todo estaba húmedo, se sentaron en el barro apoyando la espalda en los troncos de los árboles.

El frío y el cansancio tenían un mismo paralelo.

Dominando el glacial ambiente de las demás horas de la noche, los sapos de tamaños extraordinarios y de aspectos repugnantes, que poblaron en inmensas cantidades todos los charcos, comenzaron a croar lanzando al espacio notas de su *coro batracio*, que tuvieron la virtud de adormir a los soldados azotados por el tiempo...

El frío del amanecer era intenso y no obstante de esta circunstancia procedió la tropa al desague de posiciones y zanjas.

Mediaba el día siempre con su ambiente de tristeza, cuando la sección de morteros recibió la orden de trasladarse a otro sector.

A la media hora, la sección, completamente equipada, abandonaba sus posiciones, las que quedaban como profundas brechas abiertas en aquel campo santificado hasta ayer por la soledad.